

## Capítulo 7: Madurar en el amor

El amor pone en camino al hombre, a quien mueve el deseo de encontrar la plena comunión. «A la mitad del camino de nuestra vida...». Así empieza Dante, el poeta italiano, su *Divina Comedia*, donde recorre el Infierno y Purgatorio, para elevarse luego hasta el Paraíso. Cuando joven, Karol Wojtyla asistió a una puesta en escena de esta obra. Un amigo suyo la había adaptado al teatro rapsódico, ese teatro de la palabra que Wojtyla ayudó a crear durante la ocupación nazi de Polonia. En su origen se trataba de actuaciones clandestinas, en que el escenario y movimiento de los actores había de reducirse al mínimo y todo quedaba concentrado en la declamación. Al ver representada así la *Divina Comedia*, Wojtyla vio en ella, no un recorrido lejano por el mundo de ultratumba, sino el drama mismo de la experiencia del hombre, los pasos de cada persona por la tierra. Como escribió, tras salir del teatro: esta es la historia «del alma de Dante, [...] que atraviesa el Infierno, Purgatorio y Paraíso, pero que los atraviesa sobre la tierra, como un hombre que cree y ama».

Es decir, Dante ilustra el viaje del hombre, el viaje del amor. ¿Hacia dónde se dirige su ruta? Para el poeta todo apunta hacia arriba, hacia el Paraíso. Y, en efecto, cada una de las tres partes de la *Divina Comedia* termina con la misma palabra: «estrellas». Las estrellas son, en realidad, un símbolo del cielo, adonde ansiamos llegar. De hecho, la raíz latina de la palabra «deseo», *desiderium*, significa originariamente aspirar hacia las astros (*sidera*).

¿Quiere esto decir que hemos de desligarnos de la tierra, de suprimir el peso de nuestros cuerpos para poder ascender a lo alto, igual que un globo lleno de aire? Ocurre, más bien, al contrario: el ascenso no nos hace olvidarnos del cuerpo; ¡es nuestro cuerpo el que nos ayuda a subir! De hecho, tras haber atravesado el Purgatorio, el poeta descubre con asombro que su propio peso le arrastra hacia arriba, en vez de aplastarle contra el suelo. Beatriz, la mujer que Dante amó y que es ahora su guía, le explica el porqué de este nuevo estado:

No debes asombrarte más, si estoy en lo cierto,  
de tu ascensión, que de que un río  
descienda desde la cumbre de una montaña hasta el pie.  
La maravilla hubiera sido en ti que, privado  
de todo impedimento, te hubieras sentado abajo,  
como lo sería que permaneciese quieto y pegado a la tierra el fuego vivo.

Beatriz usa aquí la imagen del arroyo, que ya hemos empleado al comenzar nuestro libro, al hilo de un poema de Juan Pablo II. Entonces decíamos que el camino del hombre no es como el que recorre una corriente de montaña, que sigue sin más su curso hacia el océano, movida por su propio peso. Es verdad que el cuerpo del hombre, como el agua del río, está sujeto a la ley de la gravedad. Pero también es cierto que el cuerpo humano tiene otra gravedad distinta, la gravedad de sus deseos, que le mueve continuamente en busca del objeto amado. «Mi peso es mi amor», escribió San Agustín, «y allá donde voy, es mi amor el que me arrastra». También Dante descubre que la gravedad del amor es el verdadero empuje que nos propulsa: esta gravedad empieza en el cuerpo, y desde allí nos mueve hacia arriba, más allá de nosotros mismos. Es una fuerza capaz de vencer todo obstáculo que el hombre encuentra en su camino hacia lo alto.

¿Cuál es la trayectoria de este camino ascendente? Recordemos algo de que ya hemos hablado en nuestro segundo capítulo: el amor, en su subida, ha de integrar distintas facetas. La atracción mutua del hombre y la mujer, que nace en sus mismos cuerpos, les invita a salir de sí mismos y unirse en alianza, dirigiéndose hacia lo alto. En este movimiento distinguíamos cuatro esferas o dimensiones.

La primera esfera de atracción entre hombre y mujer es el impulso sensual; este se orienta hacia el físico de la otra persona y hacia el placer de la sexualidad. Ya sabemos que, lejos de ser fin en sí mismo, la sensualidad llama al hombre a descubrir una esfera más alta, la de las emociones y sentimientos. El impulso sexual ha de unirse al afecto y cariño por el amado, si quiere tomar verdadera altura. Solo gracias a esta segunda dimensión pueden el hombre y la mujer experimentar un mundo común. Y aún así, la nueva esfera no es el punto de llegada, sino que indica, a su vez, un nuevo horizonte: hay que descubrir el valor personal del otro. Pues solo entonces se ama a la persona por lo que ella es, y no se la mide según los sentimientos que despierta en el amante. Es aquí, en este mutuo «sí», donde hombre y mujer adquieren otro nivel de existencia: ha aparecido una nueva unidad, en que sus dos vidas se hacen una. Se es entonces capaz de sufrir por el otro, de ver el bien del otro como el propio bien, de ayudar al otro a crecer más allá de sí mismo.

Parecería que al integrar esta esfera el amor llega a su perfección. Pero no es así: queda todavía por explorar una cuarta faceta, que es a la vez el cimiento y la corona de todo el movimiento del amor. La dignidad del amado solo puede reconocerse, solo puede mantenerse contra los vientos y mareas de la vida, si se descubre el nexos entre la persona amada y el Padre, verdadera fuente del amor. Por eso, aceptar y amar a la otra persona es ya el primer paso de nuestro viaje hacia Dios.

Dante tenía, por tanto, razón. La atracción del amor corporal tiene su propia fuerza gravitatoria, que impulsa nuestro viaje hacia las estrellas. En el encuentro con la persona amada se descubre el horizonte de la comunión con Dios. Y así, nuestros cuerpos hablan el lenguaje de un camino hacia la plenitud. Fijémonos: hemos dicho camino, y por lo tanto no se trata ya de una meta definitiva. Habrá que descubrir las señales de la ruta y aprender a seguirlas, tarea a menudo difícil. Esto quiere decir que, aunque el amor nos promete el éxtasis de la felicidad, aparece también lleno de obstáculos, de mil dificultades que le impiden crecer. Lo que ocurre en realidad es que las cuatro dimensiones que hemos mencionado no están integradas desde el principio; necesitan madurar para que cada una dirija hacia las demás y se haga una con ellas. Pues muchas veces los deseos y sentimientos, en vez de apuntar más allá de sí mismos, parecen empujar hacia el círculo cerrado del propio interés. Se debe esto a la fuerza del pecado y la concupiscencia, de que hablamos en nuestro quinto capítulo.

A esto hay que añadir otra dificultad, que nos presenta arduo el viaje hacia la meta. En efecto, siendo creaturas frágiles y limitadas, ¿cómo podrá albergar nuestra pobre vida la plenitud del amor? Parece de hecho imposible alcanzar el destino último del viaje, recibir la comunión plena con Dios en vasos de barro. Y sin embargo, no todo está perdido. Pues hemos escuchado la buena noticia de que hablábamos en el último capítulo. Es la venida de Jesús, el Esposo, que trae la plenitud del amor. Él ofrece al hombre un nuevo inicio para recorrer su camino hacia las estrellas. Es decir, Cristo no solo libera del pecado, sino que abre, Él mismo, un camino que consiente al hombre tocar la plenitud de Dios. ¿Cómo confiere el Señor ese nuevo impulso, la fuerza que el amor necesita si quiere alcanzar su deseo más hondo, su aspiración a los astros?

## **La Ley en el corazón del hombre**

Nuestra pregunta plantea un problema debido a la multitud de deseos que habitan nuestro corazón. A los animales les basta seguir sus impulsos para realizar su vida en plenitud. No ocurre así con el hombre: hay en el deseo humano una ambigüedad. En efecto, sabemos que muchos de los deseos que nos mueven no nos hacen felices. Seguir los deseos sin más puede impedir que cumplamos deseos más profundos, más verdaderos. Y es que el dinamismo humano del deseo tiene muchas

capas. ¿Cómo diferenciar entre deseo y deseo? ¿Cómo encontrar la luz que alumbre este laberinto?

El Antiguo Testamento ofrece ya una primera respuesta a esta pregunta. Para alcanzar la plenitud de la vida, para llegar a forjar una alianza con Dios, el Pueblo ha recibido la Ley. Al obedecerla, se alcanza la luz que permite distinguir un deseo superfluo de otro que lleva a la meta. Israel entendía así la Ley en clave de una luz, regalada por Dios: Yahvé educaba con ella a su Pueblo para que aprendiese el camino del amor. Y, sin embargo, el mismo Antiguo Testamento es testigo de que la Ley no basta para clarificar el deseo y orientarlo hacia la perfección. Aun teniendo la Ley, el Pueblo muchas veces se apartaba de ella, cayendo en la idolatría y cometiendo la injusticia.

Vino entonces Cristo, no a abolir la Ley, sino a llevarla a plenitud (cf. Mt 5,17). Él trae una abundancia de justicia, capaz de superar la de escribas y fariseos (cf. Mt 5,20). ¿En qué consiste esa plenitud? Hay una escena famosa en el evangelio de Juan que puede ayudarnos a entenderla. Los fariseos traen una adúltera ante Jesús y le preguntan: ¿hemos de apedrearla, como manda la Ley de Moisés? (cf. Jn 8,1ss). Jesús entonces se inclinó y empezó a escribir con el dedo sobre la arena.

Muchos han tratado de descifrar el sentido de este gesto, que discuten todavía los estudiosos de la Biblia. Es iluminante la interpretación de San Agustín.<sup>1</sup> Según él, hay que entender la escena sobre el trasfondo del Antiguo Testamento. Recordemos: Dios escribió la Ley con su propio dedo en tablas de piedra. Lo que hace ahora Jesús, entonces, es escribir de nuevo la Ley con su dedo, que es el dedo mismo de Dios. Pero hay una diferencia. Pues Jesús ya no escribe en la piedra, sino en la arena, que representa la tierra fértil del corazón humano. Los judíos entendieron el gesto de Jesús: la Ley, grabada en las piedras que Moisés bajó del monte, no estaba sin embargo escrita en su interior, en sus corazones. Por eso se retiraron, comenzando por los más viejos. Y esta es precisamente la obra que Jesús vino a realizar en el mundo: poner la Ley del amor en el interior del hombre. Jesús lleva a plenitud la Ley no porque añada más mandamientos, sino porque la tatúa en los corazones. Así, su cumplimiento ya no viene de fuera: brota de dentro como un manantial que sale de la roca, coincidiendo con los más hondos deseos y aspiraciones.

¿Qué significa grabar la Ley en el corazón del hombre? En sus catequesis sobre el amor humano, Juan Pablo II se refiere también al corazón. Sigue el Papa la tradición bíblica, que ve el corazón como centro de la persona: el corazón es el núcleo de lo que somos, nuestra cámara secreta, nuestra intimidad más sagrada. ¿Quiere esto decir que el corazón de una persona es invisible, una realidad meramente interior, oculta a los demás hombres? Nada de eso: precisamente el corazón indica la capacidad de relación, de apertura a los demás. De la persona sincera se dice que nos habla «con el corazón en la mano»; y el que es caritativo y se preocupa por ayudar, «posee un buen corazón». Por eso Juan Pablo II relacionó el corazón con la apertura del hombre a los demás. Ahora bien, recordemos que esta apertura es precisamente la corporalidad humana, por el que el hombre está presente y activo en el mundo. Por eso «el “corazón” es esta dimensión de la humanidad, con la que está vinculada directamente el sentido del significado del cuerpo humano y el orden de este sentido».

De este modo nos encontramos ante una paradoja: el corazón, lo más profundo del hombre, su centro sagrado, es también lo más externo y visible, la apertura de su

---

<sup>1</sup> Cf. S. AGUSTÍN, *Tratados sobre el evangelio de San Juan* 33, 4-6 (Corpus Christianorum Latinorum 36, 307-309).

vida al mundo y a los demás hombres. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo puede ser el corazón a la vez lo más íntimo y lo más manifiesto? La respuesta se halla al definir el corazón como la capacidad del hombre para recibir y expresar el amor, escrita en su cuerpo. Por eso el corazón es también el centro de la persona: porque el amor es lo más profundo que tenemos y somos. El corazón es como un manantial de montaña: viene de lo profundo de la roca, pero su agua refrescante borbotea también en la superficie.

Podemos decir entonces que en el corazón convergen las distintas dimensiones del amor de que antes hemos hablado: la sensualidad, la afectividad, el descubrimiento y afirmación de la persona, y la aspiración hacia Dios. Educar el corazón es hacer que estas cuatro esferas se entrelacen, que cada una nos conduzca a la siguiente y que todas se unan en armonía.

Acabamos de decir que Jesús lleva la Ley a cumplimiento al escribirla en el corazón humano. Vemos ahora que para Juan Pablo II esta inscripción de la Ley en el corazón consiste en integrar todas las dimensiones del amor en su impulso hacia lo alto. Una ley escrita en piedra es impotente para transformar los deseos y sentimientos desde dentro: quedará siempre fuera y correrá el riesgo de ser aceptada solo por miedo; tal vez incluso sea rechazada con rebeldía. Por el contrario, una ley escrita en el corazón brota desde dentro del hombre. La forma en que Jesús sobrepasa la justicia de escribas y fariseos no consiste en añadir más mandamientos, sino en ser capaz de inscribir esa ley en nuestros deseos y afectividad, para que nos descubran el valor sagrado de la persona amada y su relación con Dios.

Karol Wojtyła, junto al resto de la tradición cristiana, llama «virtud» a esta integración de los deseos y sentimientos. Se trata, en concreto, de la virtud de la pureza o la castidad. Para entenderla, nos preguntamos: ¿cómo educa Cristo el corazón? ¿cómo da forma a sus deseos y sentimientos, para que descubran la dignidad de la persona amada en el horizonte del amor del Padre?

### **La virtud: un amor ordenado**

Un buen lugar para explorar la virtud es pensar en la influencia positiva que los amigos tienen sobre la propia vida. Podríamos decir, uniendo esta idea a lo ya apuntado sobre la ley, que un buen amigo se convierte en una ley interior y viva. Así decía San Gregorio Nazianceno de su amistad con San Basilio Magno, de quien fue compañero en la juventud: «a no ser que decir esto vaya a parecer arrogante en exceso, éramos el uno para el otro la norma y regla con la que se discierne lo recto de lo torcido». Todo hombre experimenta este influjo de los buenos amigos: vivir a su lado es como ir a una escuela en que se aprenden la nobleza, la fidelidad, el arrojo, la constancia...

Pues bien, la amistad comienza precisamente con una unión de los afectos. A través de la simpatía un buen amigo pasa a habitar el propio mundo interior. Por eso la influencia que tiene no es solo la de un buen ejemplo que queda por fuera: por el contrario, es capaz de tocar la experiencia desde dentro y dar orden a los propios deseos.

Usemos la siguiente comparación: si se extienden pequeños filamentos de hierro sobre una hoja de papel y se coloca debajo un imán, inmediatamente se produce un pequeño milagro: las partículas quedan orientadas según las líneas del campo de fuerza. Del mismo modo podemos decir que el amor de un amigo es como un campo magnético que, al situarse cerca de uno, orienta los deseos y la afectividad, dando orden al corazón. El amor integra así las distintas dimensiones del hombre y le fortalece para que vaya poco a poco modelando los afectos, de modo que apunten a la construcción común de una vida feliz.

Pues bien, de acuerdo con Santo Tomás de Aquino, podemos decir que las virtudes son el fruto de una amistad; se trata de una amistad con Dios, que la tradición cristiana llama «caridad». La caridad significa el amor mismo de Dios, que «ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5,5). Al venir sobre el hombre, este amor ordena los deseos, engendrando las virtudes, como una madre que las diera a luz. Karol Wojtyła participa de esta tradición cuando dice que el amor es «una virtud, la mayor de las virtudes».

Vemos de esta manera que adquirir la virtud –la integración de las diferentes dimensiones que el amor descubre en el interior del hombre– solo es posible una vez que se entra en el campo magnético del verdadero amor, de la amistad que Dios nos ofrece. Sin este don primordial, todo intento de integrar las fuerzas que mueven el corazón está abocado al fracaso. Esto quiere decir que el esfuerzo por conseguir la virtud ha de estar precedido por el amor y ha de tender hacia el fortalecimiento del amor. Por eso la virtud no es simplemente una perfección propia, una realización de sí mismo que eleva al individuo por encima de los demás. Lo que está en juego no es un perfeccionismo narcisista, sino la propia capacidad para amar en verdad, para darse totalmente a la otra persona.

En un texto clásico, San Agustín define las «virtudes cardinales» (prudencia, justicia, fortaleza y templanza) en relación con el amor. Estas virtudes son importantes porque se trata de las cuatro en que se apoyan todas las demás (cardinal viene del latín *cardo*, que es el quicio de la puerta, el eje en que todo gira). Y todas ellas son, en el fondo, formas del amor:

Su cuádruple división no expresa más que varios afectos de un mismo amor, y es por lo que no dudo en definir estas cuatro virtudes [...] como distintas funciones del amor. La templanza es el amor que totalmente se entrega al objeto amado; la fortaleza es el amor que todo lo soporta por el objeto de sus amores; la justicia es el amor únicamente esclavo de su amado y que ejerce, por tanto, señorío conforme a razón; y, finalmente, la prudencia es el amor que con sagacidad y sabiduría elige los medios de defensa contra toda clase de obstáculos.

Esta relación entre la virtud y el amor queda ilustrada en la historia de Adán Chmielowski, el protagonista de *Hermano de nuestro Dios*. Adán busca el ideal de belleza, ese orden supremo y armónico que inspire su obra como pintor. Su hallazgo le sorprenderá: no es suficiente retratar la belleza en un lienzo; Adán se da cuenta de que él mismo debe ser transformado en la imagen del amor. Y es en los pobres y en los que sufren donde se le va a mostrar esta imagen. Mientras lucha por responder a esa nueva llamada, su confesor le aconseja: «Déjate modelar por el amor». Solo el amor tiene fuerza para modelar nuestros deseos y sentimientos. ¿Quién es el amigo que podrá plasmar en la belleza en el interior del hombre? ¿Cuál es ese amor capaz de convertir la vida en una obra de arte?

### **La amistad con Cristo en su Espíritu**

Como descubre Adán Chmielowski, el Amigo capaz de entregar un amor nuevo es Cristo. De Él sabemos que, como Hijo y Esposo, vino a dar plenitud al camino humano. Su vida se convirtió en la plenitud del amor, que supo recibir de su Padre y entregar a los hombres para darles vida. Así afirma Adán Chmielowski en *Hermano de nuestro Dios*:

Te has fatigado mucho por cada uno de ellos.  
Te has cansado mortalmente.  
Te han destruido del todo.  
Eso se llama Caridad.  
Y, sin embargo, sigues siendo hermoso.  
El más hermoso de los hijos de los hombres.  
Jamás ha vuelto a existir semejante belleza.

Tal belleza se llama caridad.

¿Cómo es capaz Cristo de comunicar su amor? Para responder hay que hablar de otro personaje importante: el Espíritu Santo. El Espíritu es el amor mismo de Dios, que une al Padre y al Hijo; ese Espíritu también es capaz de asociar a los hombres entre sí, de hacer que tengan una misma vida. Por eso, para que el interior del creyente vibre al compás de Cristo, el Amigo, éste ha de recibir su mismo Espíritu. Por el Espíritu se participa en la obediencia de Cristo al Padre, como Hijo suyo; y en la entrega de Cristo a la Iglesia, como su Esposo. Se entiende ahora la forma en que Cristo ordena los corazones desde dentro: comunica su propio amor, para que reproduzca su imagen en el hombre.

Recuérdese que este Espíritu tiene que transformar los corazones, incluyendo los deseos y emociones del cuerpo. ¿Cómo es eso posible? ¿No es este un Espíritu divino, inmaterial? La respuesta hay que buscarla en Jesús, el Hijo de Dios, que se hizo hombre y vivió una vida plenamente humana. Antes de entregarnos el Espíritu, Él mismo lo recibió en el río Jordán, se dejó guiar por ese Espíritu, que acompañó cada uno de sus pasos por la tierra. Es decir, antes de venir a nosotros, el Espíritu ya actuaba en la vida de Cristo, desde su nacimiento hasta su muerte y resurrección.

¿Por qué es tan importante esta presencia del Espíritu en la historia de Jesús? Un ejemplo nos lo ilustrará. Pensemos en el agua formada cuando la nieve se derrite en la montaña. Esta agua es tan pura que resulta imposible beberla: le faltan los minerales que permiten al cuerpo retenerla y asimilarla. Solo cuando el agua pasa entre las rocas de la montaña y, poco a poco, absorbe las sales, puede el organismo recibirla y saciar la sed. Del mismo modo, no se puede beber directamente de la fuente del amor de Dios, el Espíritu Santo. Es un agua demasiado pura, que resultaría imposible retener. El agua del Espíritu tiene que pasar primero a través de la vida terrena de Cristo, de su muerte y resurrección. Entonces se convierte en un agua que ha surcado la experiencia humana, como la nieve por las rocas de la montaña; agua que el hombre puede asimilar, para que refresque su caminar por la tierra.

En otras palabras, el amor que el creyente recibe (el Espíritu) es el amor mismo de Jesús, el Hijo y el Esposo, un amor que tiene en sí el sello de las experiencias humanas. Y por eso es un amor capaz de ordenar las distintas esferas de la vida, enseñando a los hombres a ser hijos, esposos, padres. El camino humano del amor es posible si uno se deja modelar por este amor. El Espíritu Santo revela así una nueva posibilidad de dar forma a los corazones. Como escribe Juan Pablo II: «La redención del cuerpo comporta la institución en Cristo y por Cristo de una nueva medida de la santidad del cuerpo. Precisamente a esta “santidad” hace un llamamiento Pablo en la Primera Carta a los Tesalonicenses (4,3-5), cuando pide mantener el propio cuerpo en santidad y respeto».

### **La pureza, o el arte de amar**

Ante la mujer adúltera, acusada por los fariseos, Cristo garabatea en la arena palabras misteriosas. Ese dedo, decía San Agustín, es el dedo de Dios, que escribe la Ley en los corazones de barro. La tradición cristiana, a la luz del Evangelio, identifica ese dedo de Dios con el Espíritu Santo, que Jesús derramó sobre los creyentes. El Espíritu modela al hombre según la semejanza de Jesús, el Hijo y el Esposo. Para ello plasma la afectividad y deseos corporales, de modo que expresen el verdadero y pleno amor, el amor de Cristo.

Para realizar su obra, este Espíritu requiere la cooperación libre. La amistad de Cristo no es solo un don, sino también una tarea. Como dice Juan Pablo II: «El misterio

de la “redención del cuerpo” llevada a cabo por Cristo [es] fuente de un deber moral particular, que compromete a los cristianos con esa pureza». Ocurre que cuando uno es amado se hace libre y capaz de actuar –del mismo modo que un músico, cuando está inspirado, es capaz de crear nueva música. Recordemos de nuevo el ejemplo del imán que, situado debajo del folio, orienta las limaduras de hierro. El amor crea en nosotros un campo magnético; y nos permite así colaborar con él, ir integrando todos nuestros deseos y afectos de acuerdo con sus líneas de fuerza.

Se entiende ahora por qué Dios ha confiado al hombre su cuerpo como una tarea: cada uno ha de dar a sus sentimientos la forma del amor personal. Le toca expresar en su existencia concreta en el cuerpo, en sus afectos y emociones, una respuesta a la llamada del amor. Para ello los afectos han de ordenarse, de manera que apunten hacia el valor de la persona y ayuden a descubrir y proteger la verdad del amor. De este modo la redención del cuerpo se convierte en fuente de una excelente dignidad y de una nueva obligación, para que se viva a una nueva altura:

Por medio de la redención cada hombre se ha recibido de Dios en cierto modo a sí mismo en su propio cuerpo. Cristo ha inscrito en el cuerpo humano –en el cuerpo de cada hombre y de cada mujer– una nueva dignidad, puesto que en Él mismo el cuerpo humano ha sido admitido, junto con el alma, a la unión con la Persona del Hijo-Verbo. Con esta nueva dignidad, mediante la «redención del cuerpo» nace también al mismo tiempo una nueva obligación, de la que Pablo escribe de modo conciso, pero tan conmovedor: «Habéis sido comprados a gran precio» (1 Cor 6,20). El fruto de la redención es, en efecto, el Espíritu Santo, que habita en el hombre y en su cuerpo como en un templo. En este Don, que santifica cada hombre, el cristiano se recibe nuevamente a sí mismo como don de Dios.

La «obligación» de que habla Juan Pablo II en este pasaje no es un mandamiento pesado que hace difícil el camino, sino una llamada a integrar las varias dimensiones de la vida en el amor, para que se pueda así alzar el vuelo. Integrar los deseos de modo que respondan a esta llamada es el fin de la castidad o pureza de corazón. No hay que confundir esta virtud con la mojigatería, que se deja llevar por el escrúpulo y el miedo. La pureza de corazón, por el contrario, significa crecer en audacia: requiere el valor de recibir agradecidos la propia vida y de entregarla generosamente; y la inteligencia para conocer a la otra persona, respetarla, saber hacerla feliz. Como dice Juan Pablo II: «La castidad solo puede entenderse en relación con la virtud del amor». La castidad es la virtud que enseña el arte de amar.

La primera consecuencia de la pureza es el dominio de uno mismo. Se puede describir este dominio como una actitud de vigilancia ante todo lo que podría hacer peligrar el amor. Gracias a este elemento de dominio propio, escribe San Agustín en sus *Confesiones*, «somos juntados y reducidos a la unidad, de la que nos habíamos apartado...». Esta unidad pone la sensualidad y sentimientos al servicio de la afirmación del amor personal. «Por eso solo el hombre y la mujer castos son capaces de verdadero amor. Pues la castidad libera su unión, incluyendo su unión conyugal, de la tendencia a usar la persona; algo que es incompatible con la ternura del amor; al liberarla, introduce en su vida de pareja y en su relación sexual una disposición especial hacia la ternura».

La castidad requiere, por tanto, vigilancia; pero la vigilancia no es su ingrediente principal. Si fuera así, se mantendría siempre a la defensiva, mientras que la pureza es una virtud que actúa, que construye. El dominio de sí es solo posible, en efecto, si uno descubre antes la grandeza del amor y sabe asombrarse ante él. Nadie puede poseerse a sí mismo si primero no aprende a recibirse de las manos de otro: podemos amar porque alguien nos ha amado y nos ha indicado el camino del amor. Más aún, el autodominio, la posesión de sí, solo sirve para, a su vez, darse al amado, entregarse a él. Por eso la

pureza nace de la aceptación del amor y del deseo de ofrecerse totalmente a la otra persona, atraídos por su belleza. Ser limpio de corazón es ser capaz de amar con el verdadero amor que construye una vida en comunión:

La tarea de la pureza [...] es no solo (y no tanto) la abstención de la «impureza» y de lo que a ella conduce, y por tanto la abstención de «pasiones lujuriosas», sino, al mismo tiempo, el mantenimiento del propio cuerpo e, indirectamente, del de los otros con «santidad y respeto».

La pureza de corazón, por tanto, es a la vez posesión y dominio de sí, por un lado, y atracción hacia el amor, o deseo de honrar y servir la belleza, por otro. Es a la vez, según San Agustín, «el amor que se conserva íntegro e incorruptible» y «el amor que totalmente se entrega al objeto amado».

En otras palabras, la castidad es sobre todo positiva: la «castidad es [...] un “sí” del que en seguida resultan los “no”». Fomenta en los esposos la capacidad de ver el mundo desde el punto de vista del otro. Los capacita para ayudarse mutuamente a integrar deseo y emoción en la construcción de un amor verdadero.

Es importante añadir que la castidad no se refiere solo al propio cuerpo, sino también al cuerpo de la persona amada. Pues la meta de la pureza no es el perfeccionismo, que sitúa al individuo por encima de los demás, sino una capacidad mayor de amar, de hacer feliz al amado. Por eso, el hombre y la mujer han de entender cómo reacciona el otro en el encuentro mutuo y ser una ayuda en la integración de sus deseos y emociones. Y así, dice Juan Pablo II, «Cristo [...] asigna tarea a cada hombre la dignidad de cada mujer; y al mismo tiempo [...] asigna también a cada mujer la dignidad de cada hombre».

Entendemos de nuevo que, lejos de encorsetar el amor, la castidad desarrolla el verdadero arte de amar. Consiste este en integrar los deseos y sentimientos para ser capaces del don de sí al otro y, de esta forma, caminar juntos hacia Dios:

El amor [...] es una transformación profunda de la simpatía (sentimiento) en amistad (amor personal). [...] Ahí reside el «arte» de la educación del amor, la verdadera *ars amandi*.

Tal vez nos parezca que la castidad roba la alegría y espontaneidad del amor. Pues es cierto que la castidad no es fácil, que requiere trabajo constante y esfuerzo. ¿No se opone así a los deseos, como un aguafiestas que reprime las ganas de disfrutar? Y sin embargo, lo cierto es que solo la pureza confiere la verdadera espontaneidad. Se piense en la diferencia entre el niño, que garabatea en la hoja de papel cualquier monigote que le viene en mente, y el artista que, en el mismo folio, bosqueja una obra de arte. La espontaneidad de la castidad es la del pintor consumado, que expresa con naturalidad la belleza más grande. Con la castidad, el verdadero amor fluye con sencillez en la vida, porque se han integrado los deseos y emociones en la unidad de una comunión personal que plenifica.

El filósofo danés Søren Kierkegaard supo capturar, en el título que dio a uno de sus ensayos, la visión que se hemos ofrecido: «La pureza de corazón es querer una sola cosa». La castidad no divide; integra, uniendo todos los movimientos, deseos y sentimientos del corazón en amor verdadero a Dios y al prójimo. Cuando esto sucede, la luz de nuestros deseos es capaz de orientarnos por sí misma. Así lo ilustra Dante, en su *Divina Comedia*. Su guía, el poeta Virgilio, le ha conducido hasta las puertas del cielo. Cuando se despide de él, y Dante muestra su pesadumbre por perder a tan sabio guía, Virgilio le consuela. No debe preocuparse: ya no necesita nadie que le muestre el camino, pues su propio deseo, sano e integrado, puede orientarle hacia la meta:

Te he traído hasta aquí con ingenio y con destreza;  
toma desde ahora tu placer por guía;



ya estás fuera de los caminos escarpados y angostos [...]  
No esperes ya mis palabras ni mi consejo;  
libre, recto y sano es tu albedrío,  
y sería un error no hacer lo que él te diga,  
por lo cual yo, te otorgo la mitra y te coronó señor de ti mismo.

## El don de piedad

Juan Pablo II redondea su enseñanza sobre la pureza hablando de uno de los siete dones del Espíritu Santo, el don de piedad. De esta forma la pureza se convierte, dice el Papa, en algo «carismático», palabra que viene del griego *charis* (gracia). Se quiere decir: más que ser el resultado de un esfuerzo del hombre, la pureza es sobre todo un don, obra en nosotros del Espíritu, con el que colaboramos. Y es que la castidad, como las demás virtudes cristianas, se apoya siempre en amor. Pues empieza cuando se recibe el don del amor, depende continuamente de la presencia de ese don y solo un don final la hará llegar a su última meta, la configuración con el amor divino.

Es verdad que la virtud de la castidad confiere dominio propio. Pero recordemos que este dominio no es autosuficiencia: para poseerse a uno mismo es necesario recibirse de otros; y uno se auto-posee para poder entregarse a otros. Por eso, cuanto más dominio propio se tiene, más se necesita del don de Dios y de su amor; cuanto más se ama, más se depende del amor del Amado. En definitiva, alcanzar la perfección, que requiere la colaboración de la libertad, viene siempre de arriba. Y no podía ser de otra forma, porque la última etapa del camino del hombre es Dios mismo, a quien no podemos alcanzar si Él no nos conduce hasta sí.

Antes se ha citado una conocida frase de San Agustín: «mi peso es mi amor». Pues bien, el santo explica enseguida que ese amor, es en realidad un don, el don del Espíritu divino, y por eso puede elevarnos: «Por tu don nos encendemos como fuego y vamos hacia arriba; nos inflamamos y ascendemos [...] encendidos por tu fuego, tu buen fuego, nos ponemos al rojo y [...] vamos a lo alto». En otras palabras, el Espíritu Santo –el fuego de Dios– se convierte en el peso que nos impulsa hacia Él.

El don de piedad podría parecer, hasta ahora, limitado a la relación del hombre con Dios. Pero recuérdese que este don está unido a la virtud de la pureza y, por tanto, al amor que nace en el corazón del hombre, el amor entre varón y mujer que funda la familia. Ocurre que para Juan Pablo II la piedad no crea solo un vínculo entre el hombre y Dios. Consiste más exactamente en ver la presencia de Dios a través del amor humano; y tiene lugar precisamente en la atmósfera de la familia, de las relaciones entre marido y mujer, padre e hijo, hermanos y hermanas. Es decir, la piedad nos relaciona con Dios precisamente en cuanto Él es la fuente y los cimientos sobre los que se funda el amor entre las personas. «Este don, en efecto, sostiene y desarrolla en los cónyuges una sensibilidad particular hacia todo lo que en su vocación y convivencia lleva el signo del misterio de la creación y de la redención: hacia todo lo que es un reflejo creado de la sabiduría y del amor de Dios».

Al ser una percepción de lo sagrado en el encuentro con las otras personas, la piedad implica también reverencia por el propio cuerpo. El cuerpo no es solo el sitio donde el hombre encuentra su mundo; ni es simplemente el lugar en que se descubre al prójimo y su importancia para la vida: la piedad ayuda a ver, sobre todo, que el cuerpo humano está destinado a convertirse en templo:

La pureza como virtud [...] aliada con el don de la piedad como fruto de la morada del Espíritu Santo en el «templo» del cuerpo, confiere a este cuerpo tal plenitud de dignidad en las relaciones interpersonales que Dios mismo es glorificado en él. La pureza es la gloria del cuerpo humano ante Dios. Es la gloria de Dios en el cuerpo humano, a través del cual se manifiestan la masculinidad y la feminidad.

Si el cuerpo es un templo, hemos de tratarlo con respeto y reverencia. La reverencia requiere, a su vez, humildad. La persona humilde vence una tentación muy grande del amor, la de medirlo todo con los propios sentimientos. Este peligro lo describe Karol Wojtyła en un pasaje, ya citado, de *El taller del orfebre*, al hablar de dos jóvenes que «no tratan de fundar su amor en el Amor, que sí posee la dimensión absoluta. Ni siquiera sospechan esta exigencia, porque les ciega no tanto la fuerza del sentimiento como la falta de humildad. Es la falta de humildad ante lo que el amor debe ser en su verdadera esencia». Esta humildad no es ajena al cuerpo. Por el contrario, el cuerpo, formado para señalar más allá de sí mismo y para servir a algo más grande que sí, es naturalmente humilde. Wojtyła habla de esta humildad en otra de sus obras, *Amor y responsabilidad*:

La humildad es la debida actitud respecto de toda verdadera grandeza, sea o no mía. El cuerpo humano ha de ser humilde ante esa grandeza que es la de la persona, porque ésta es la que da la medida del hombre y el cuerpo humano ha de ser humilde ante la grandeza del amor [...]. El cuerpo ha de ser humilde en presencia de la felicidad humana.

El don de piedad nos ayuda a captar la humildad del cuerpo. Al hacerlo, llevamos a plenitud su sentido. Pues el humilde no es el que se contenta con poco; sino el que sabe reconocer la grandeza para, apoyándose en ella, crecer por encima de sí mismo. El cuerpo, en su humildad, hace manifiesta la fuente misma del amor, a quien Jesús nos enseñó a llamar Padre.

Podemos volver a la *Divina Comedia* para ilustrar la humildad y pureza que Juan Pablo II ve irradiar del cuerpo humano. Al llegar a la entrada del Purgatorio Dante se asombra ante una bella escultura que representa la Anunciación de María, tallada por la mano del mismo Dios. La figura de la Virgen es tan expresiva que Dante casi puede escuchar su asentimiento a las palabras de Gabriel. El cuerpo mismo de María revela así su obediencia a Dios, su respuesta a la vocación del amor.

Esta imagen nos indica ya la tarea que nos aguarda en la tercera y última parte de este libro. Nos centraremos ahora en la misión de la familia: brillar en el mundo con el esplendor del amor redimido por Cristo, presente en la vida de los esposos. Veremos cómo hombre y mujer encarnan la transparencia del amor, sea en el matrimonio (capítulo 8) sea en la virginidad consagrada (capítulo 9), y de este modo construyen la Iglesia y la sociedad (capítulo 10).